ETC.
INVESTIGACION Y REPORTAJES
Página/12
6 de junio de 1987

- LOS BOCONES DEL FUTBOL
- PARAGUAY
  Drama en varios actos



LOS FRUTOS AMARGOS DE FLORENCIO VARELA



Reportaje y Fotos:
Erico Oller

LOS FRUTOS AMARGOS DE FLORENCIO VARELA

El otro día vino a buscarme el patrón en día domingo. Quería que le trabajara y yo le respondí que no. ''Por hora no te trabajo más'', le dije. Para hacer ese laburo tenía que meterle como ocho horas a 80 centavos la hora.

–No hacías ni siete palos...

–Por trabajar todo un domingo. No...si no es para tenerle lástima a los patrones. Muchas veces nosotros nos quedamos contentos diciendo que ganamos plata pero vos no sabés lo que te tenés que matar para ganar ese peso. La ''jaula'' de acelga está a tres palos y pico en el mercado, la de lechuga a cuatro. Con dos jaulas el patrón te pagó el trabajo de todo un día. Y se llevan camiones...

Las cuentas las hace Julio Díaz, un peón de las quintas de Varela. Santiagueño, a poco de cumplir los veinte años, ya lleva más de una década de trabajo rural. Una vez se accidentó en las quintas y no cobró un peso. Le quedó debiendo al patrón y al almacenero. Cuando se curó y trabajó sin descanso, apenas salió hecho. Se volvió delegado sindical en los zurcos, tardó poco en comprender que los abogados no llegan hasta las quintas y que es muy fácil que alguien le diga ''voy a buscar la 38 y te voy a cagar a tiros''.

–¿Eso pasa, no?

–Pasa. Claro que pasa. A los gringos les duele que le pidás. Te dicen ''por qué no esperás que ahora no tengo''. Cuando vos les hacés quilombo sacan la guita...pero mientras vos no le hagás quilombo los tipos te van a hacer sufrir.

Historias de Florencio Varela, apenas a 30 kilómetros de la Capital Federal. Un municipio donde la industria languidece, el campo prospera y quienes lo trabajan la pasan bastante mal.

En su geografía política chocan, últimamente con violencia, peronistas ortodoxos y renovadores. Las bombas y los tiros no faltaron en la última interna. Los domingos, frente a la estación, los bolivianos venden ropa usada, guiso de chancho y porotos blancos. En un colegio religioso un director arenga a sus alumnos en favor de Videla y organiza excursiones al penal de Magdalena. En algún rincón de la zona rural, es posible que esté oculto Chicho Basile, ex secretario de Gobieno y hombre fuerte de Varela, prófugo de la Justicia por su relación con Camps y los grupos de ultraderecha.

Allá en las quintas se produce gran parte de las verduras y las hortalizas que se consumen en Buenos Aires: el tomate y la lechuga, la acelga y la escarola. De la campiña varelense, sale casi todo lo que acompaña a nuestro cotidiano bife. Menos las papas. Pero si no se elige un bife, Varela puede proveer de cerdos, pollos y huevos. Flores para las novias, leche para los chicos, miel para los golosos. Pero esa riqueza no configura un paisaje bucólico. O para citar a un colectivero de la zona, fiel exponente de la filosofía local: ''Viejo, con las cosas que uno ve por acá, no se explica cómo las frutillas salen dulces''.



La ruta de la frutilla

Gente curtida de la de los campos de esa zona. Santiagueños, chaqueños, formoseños, bolivianos, paraguayos y hasta algún chileno. Todos con sus chicos a cuestas, trabajando en negro, esquivándole el bulto al hambre como mejor pueden. Todos acostumbrados a seguirle el paso a las cosechas: la caña del norte, la uva cuyana, la papa de Balcarce, hasta recalar en las puertas de la gran ciudad. Siempre tratando de llenar la olla y buscando un techo donde cobijar la prole. Lo que para muchos es miseria para ellos es la salvación.

La familia Sosa llegó a Florencio Varela desde Coronda, provincia de Santa Fé, siguiendo la ruta de la frutilla. Del Chaco natal, los corrieron las inundaciones. De Coronda, la falta de vivienda.

–Allá vivíamos bajo unos palitos nomás. El techo lo hacíamos con un nylon, cuenta la señora Sosa.

–Acá tenemos el rancho y ahora con el patrón arreglamos los papeles del salario. Con eso yo creo que nos enderezamos un poquito más.

El rancho de los Sosa es una construcción precaria que ocupa mientras tenga el empleo y que, para los usos de la zona, puede considerarse casi un lujo. En sus veinte metros cuadrados se las ingenian para encontrar refugio no sólo el matrimonio Sosa sino también sus nueve hijos. La letrina no queda demasiado lejos y junto a la puerta de la casa hay un lugar ''al reparo'' para hacer el fuego en el piso y plantar la olla.

En su familia casi todos trabajan. Particularmente en la ''buena época'', entre octubre y marzo, cuando las tareas del campo piden todos los brazos disponibles. En esos meses, sólo los más chiquitos quedan en las casas. El resto trabaja ''por tanto''.

–Cuando la frutilla trabajamos *por tanto*. Si no, por hora. *Por tanto* es mejor, conviene más. Según cuanto hacés te pagan y ahí trabajamos todos.

El trabajo ''por tanto'' es trabajo a destajo. El productor pone un precio por la ''jaula'' de verdura cosechada, el bulto cargado en el camión o el surco de frutillas carpido. El peón cobra por lo que hizo y arregla sus horarios y su ritmo de trabajo según sus posibilidades.

Para el peón es la única forma de escaparle a los jornales de miseria. Para Miguel Falasco, de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE) es una forma más de explotación.

–El problema del trabajo ''por tanto'' es que los productores contratan a los peones sabiendo que ellos trabajan con toda la familia. Las mujeres y los chicos desde siete u ocho años trabajan de igual a igual. Al momento de cobrar, aunque en los papeles figure el mínimo, el peón saca bastante más que si hubiera trabajado por hora. Pero claro, no hay paga aparte para las mujeres y los chicos. Si se divide lo que el peón ganó entre todos los que lo ayudaron, el jornal sería menor todavía. El patrón se ahorra de blanquear un montón de mano de obra y tiene trabajando para él mujeres y criaturas al margen de cualquier protección legal.

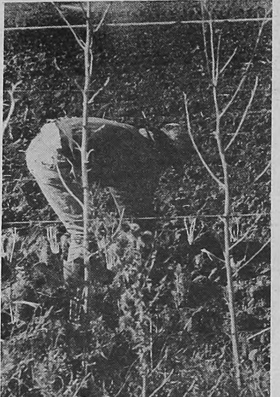
–Cuando es época de trabajo ''por tanto'' –agrega Jorge Dávalo también de FATRE– no hay chico que vaya a la escuela. La familia entera trabaja de sol a sol tratando de hacer el máximo. Nadie se puede dar el lujo de calcular cuanto ganan en promedio. Lo que necesitan es esa plata para vivir. Y ojo que estamos hablando con suerte, de veinte australes por día, para un peón, su compañera y por lo menos tres o cuatro hijos que trabajan.

La mayoría de los obreros del surco no tiene otra alternativa que el trabajo a destajo. Sacan los pesos extras que necesitan para poder reemplazar las botas viejas, la ropa de trabajo, de abrigo y de lluvia, que no reciben del empleador y pagar las cuentas del almacén que en muchos casos resulta ser del propietario o algún pariente. Los que no hicieron buena plata o se la gastaron en vino, trabajan descalzos chapoteando en el barro o sobre los surcos escarchados, con la ropa raída y con poca harina y yerba en el rancho. El crédito de los comerciantes o los adelantos del patrón, si existen, son de muy corto plazo.

Gente de campo

–Los compañeros del campo son gente muy metida para adentro, –dice el sindicalista Falasco–. Viven aislados y sujetos a la voluntad del patrón. La casa en que viven es de él, las condiciones del trabajo las impone él. Sienten la injusticia pero no pueden hacer mucho. Por





Reportaje y Fotos:
Erico Oller

LOS FRUTOS AMARGOS DE FLORENCIO VARELA

El otro día vino a buscarme el patrón en día domingo. Quería que le trabajara y yo le respondí que no. "Por hora no te trabajo más", le dije. Para hacer ese laburo tenía que meterle como ocho horas a 80 centavos la hora.

–No hacías ni siete palos...

–Por trabajar todo un domingo. No...si no es para tenerle lástima a los patrones. Muchas veces nosotros nos quedamos contentos diciendo que ganamos plata pero vos no sabés lo que te tenés que matar para ganar ese peso. La "jaula" de acelga está a tres palos y pico en el mercado, la de lechuga a cuatro. Con dos jaulas el patrón te pagó el trabajo de todo un día. Y se llevan camiones...

Las cuentas las hace Julio Díaz, un peón de las quintas de Varela. Santiagueño, a poco de cumplir los veinte años, ya lleva más de una década de trabajar rural. Una vez se accidentó en las quintas y no cobró un peso. Le quedó debiendo al patrón y al almacenero. Cuando se curó y trabajó sin descanso, apenas salió hecho. Se volvió delegado sindical en los zurcos, tardó poco en comprender que los abogados no llegan hasta las quintas y que es muy fácil que alguien le diga "voy a buscar la 38 y te voy a cagar a tiros".

–¿Eso pasa, no?

–Pasa. Claro que pasa. A los gringos les duele que le pidás. Te dicen "por qué no esperás que ahora no tengo". Cuando vos les hacés quilombo sacan la guita...pero mientras vos no le hagás quilombo los tipos te van a hacer sufrir.

Historias de Florencio Varela, apenas a 30 kilómetros de la Capital Federal. Un municipio donde la industria languidece, el campo prospera y quienes lo trabajan la pasan bastante mal.

En su geografía política chocan, últimamente con violencia, peronistas ortodoxos y renovadores. Las bombas y los tiros no faltaron en la última interna. Los domingos, frente a la estación, los bolivianos venden ropa usada, guiso de chancho y porotos blancos. En un colegio religioso un director arenga a sus alumnos en favor de Videla y organiza excursiones al penal de Magdalena. En algún rincón de la zona rural, es posible que esté oculto Chicho Basile, ex secretario de Gobieno y hombre fuerte de Varela, prófugo de la Justicia por su relación con Camps y los grupos de ultraderecha.

Allá en las quintas se produce gran parte de las verduras y las hortalizas que se consumen en Buenos Aires: el tomate y la lechuga, la acelga y la escarola. De la campiña varelense, sale casi todo lo que acompaña a nuestro cotidiano bife. Menos las papas. Pero si no se elige un bife, Varela puede proveer de cerdos, pollos y huevos. Flores para las novias, leche para los chicos, miel para los golosos. Pero esa riqueza no configura un paisaje bucólico. O para citar a un colectivero de la zona, fiel exponente de la filosofía local: "Viejo, con las cosas que uno ve por acá, no se explica cómo las frutillas salen dulces".

La ruta de la frutilla

Gente curtida de la de los campos de esa zona. Santiagueños, chaqueños, formoseños, bolivianos, paraguayos y hasta algún chileno. Todos con sus chicos a cuestas, trabajando en negro, esquivándole el bulto al hambre como mejor pueden. Todos acostumbrados a seguirle el paso a las cosechas: la caña del norte, la uva cuyana, la papa de Balcarce, hasta recalar en las puertas de la gran ciudad. Siempre tratando de llenar la olla y buscando un techo donde cobijar la prole. Lo que para muchos es miseria para ellos es la salvación.

La familia Sosa llegó a Florencio Varela desde Coronda, provincia de Santa Fé, siguiendo la ruta de la frutilla. Del Chaco natal, los corrieron las inundaciones. De Coronda, la falta de vivienda.

–Allá vivíamos bajo unos palitos nomás. El techo lo hacíamos con un nylon, cuenta la señora Sosa.

–Acá tenemos el rancho y ahora con el patrón arreglamos los papeles del salario. Con eso yo creo que nos enderezamos un poquito más.

El rancho de los Sosa es una construcción precaria que ocupa mientras tenga el empleo y que, para los usos de la zona, puede considerarse casi un lujo. En sus veinte metros cuadrados se las ingenian para encontrar refugio no sólo el matrimonio Sosa sino también sus nueve hijos. La letrina no queda demasiado lejos y junto a la puerta de la casa hay un lugar "al reparo" para hacer el fuego en el piso y plantar la olla.



En su familia casi todos trabajan. Particularmente en la "buena época", entre octubre y marzo, cuando las tareas del campo piden todos los brazos disponibles. En esos meses, sólo los más chiquitos quedan en las casas. El resto trabaja "por tanto".

–Cuando la frutilla trabajamos *por tanto*. Si no, por hora. *Por tanto* es mejor, conviene más. Según cuanto hacés te pagan y ahí trabajamos todos.

El trabajo "por tanto" es trabajo a destajo. El productor pone un precio por la "jaula" de verdura cosechada, el bulto cargado en el camión o el surco de frutillas carpido. El peón cobra por lo que hizo y arregla sus horarios y su ritmo de trabajo según sus posibilidades.

Para el peón es la única forma de escaparle a los jornales de miseria. Para Miguel Falasco, de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE) es una forma más de explotación.

–El problema del trabajo "por tanto" es que los productores contratan a los peones sabiendo que ellos trabajan con toda la familia. Las mujeres y los chicos desde siete u ocho años trabajan de igual a igual. Al momento de cobrar, aunque en los papeles figure el mínimo, el peón saca bastante más que si hubiera trabajado por hora. Pero claro, no hay paga aparte para las mujeres y los chicos. Si se divide lo que el peón ganó entre todos los que lo ayudaron, el jornal sería menor todavía. El patrón se ahorra de blanquear un montón de mano de obra y tiene trabajando para él mujeres y criaturas al margen de cualquier protección legal.

–Cuando es época de trabajo "por tanto" –agrega Jorge Dávalo también de FATRE– no hay chico que vaya a la escuela. La familia entera trabaja de sol a sol tratando de hacer el máximo. Nadie se puede dar el lujo de calcular cuanto ganan en promedio. Lo que necesitan es esa plata para vivir. Y ojo que estamos hablando con suerte, de veinte australes por día, para un peón, su compañera y por lo menos tres o cuatro hijos que trabajan.

La mayoría de los obreros del surco no tiene otra alternativa que el trabajo a destajo. Sacan los pesos extras que necesitan para poder reemplazar las botas viejas, la ropa de trabajo, de abrigo y de lluvia, que no reciben del empleador y pagar las cuentas del almacén que en muchos casos resulta ser del propietario o algún pariente. Los que no hicieron buena plata o se la gastaron en vino, trabajan descalzos chapoteando en el barro o sobre los surcos escarchados, con la ropa raída y con poca harina y yerba en el rancho. El crédito de los comerciantes o los adelantos del patrón, si existen, son de muy corto plazo.

Gente de campo

–Los compañeros del campo son gente muy metida para adentro, –dice el sindicalista Falasco–. Viven aislados y sujetos a la voluntad del patrón. La casa en que viven es de él, las condiciones del trabajo las impone él. Sienten la injusticia pero no pueden hacer mucho. Por eso el alcohol es un drama. Esperan el fin de semana para comprarse una damajuana y olvidarse un poco de las penas. Los que tienen familia numerosa, la mayoría, no pueden levantar la voz. Terminarían con todos los chicos en la calle, sin casa, y sin plata porque ni pensar en una indemnización.

Más allá de las oscilaciones del mercado la actividad de las quintas de Varela ha sufrido una constante expansión. La propiedad de la tierra ha sufrido un proceso de concentración en detrimento de los pequeños productores y los cultivos se han diversificado.

Los quinteros son hombres rudos que "se han hecho a sí mismos". Abundan los italianos, los japoneses y los portugueses. Individualistas, llegan al extremo de comprar cada uno su maquinaria para subutilizarla en lugar de compartir racionalmente los equipos. Es proverbial el engaño entre ellos acerca de la calidad de los insumos. La mayoría tiene tractores y camiones de último modelo y sin embargo son capaces de decirle seriamente a su vecino que "la semilla me salió mala" cuando saben que nunca tuvieron una cosecha mejor. Compiten en todo, menos en los favores de sus trabajadores.

Sindicalistas y autoridades laborales poco pueden hacer. Las distancias son grandes y los medios escasos. "A la inspección de Trabajo tenemos que ponerle un coche y la nafta cuando necesitamos caerle a algún patrón. Y nosotros no tenemos ni para el colectivo. Tenemos que patear kilómetros para ver a un compañero y por ahí volver para ver al patrón. Encima si queremos afiliar a alguien tenemos que hacerla bien porque por ahí al tipo lo echan. Acá la cosa está de lo más jodida" cuenta Falasco de su trabajo gremial, "hay algunas historias de no creer".

Sin embargo, uno las cree. Es absolutamente creíble que en años de la dictadura estaquearan a algún peón de las quintas, que corrieran a escopetazos a los que protestaban. Conociendo el desamparo y la naturaleza de estos hombres, uno no desconfía de las anécdotas clásicas: el patrón que manda al peón al otro lado de la quinta para quedarse con la mujer o con las hijas, o el capataz que amenaza al trabajador para hacerle firmar lo que quiera.

Sólo muy pocos logran cobrar extra por trabajar sábados y domingos, o por hacerlo de noche. "Si te gusta te quedás y si no te mandás a mudar" es un argumento muy frecuente. Esto es decisivo para los cientos de extranjeros que trabajan clandestinamente, varias decenas de ellos con los floricultores japoneses en El Pato. Cuando el gremio quiso lograr que cobraran lo mismo que los argentinos, la gestión resultó un fracaso. Sobre los empleadores recae la amenaza de una multa. Sobre los trabajadores la amenaza de la expulsión del país.

El inmigrante clandestino, las mujeres del campo, los niños, los peones "golondrina". Los últimos orejones del tarro en Florencio Varela. O si se prefiere, las frutillas más aplastadas, los tomates más machucados, la flor más marchita de un ramo que no huele a rosas, precisamente.

"Viejo, con las cosas que uno ve acá, no se explica cómo las frutillas salen dulces."



Semblanza de un patrón

Espera al final de la entrada principal, más allá de su moderno chalet. Las piernas abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho. La mirada azul y vigilante está puesta sobre un grupo de obreros que, en silencio y con prisa, preparan los tractores para el trabajo. El saludo es frío, su atención es mínima.

Es uno de los poderosos del ramo. Junto con otros dos quinteros responde por el grueso de la oferta de hortalizas y verduras que sale de Varela.

–Quería hacerle algunas preguntas acerca de su actividad...Usted es uno de los productores representativos de la zona.

–La mirada no se desvía siquiera un segundo de los trabajadores. La respuesta tarda por lo menos un minuto en llegar.

–Si soy representativo es porque me levanto a las cinco de la mañana y no paro hasta las once de la noche. Mire los pantalones con que ando. Esto es de laburar.

Antes de ocultarse nuevamente bajo sus brazos cruzados, las manos de Dino Di Martino, el "tano", palmearon con orgullo sus pantalones gastados y sucios de grasa.

–Además para quée voy a hablar. Los problemas no se arreglan hablando para los diarios.

Los tractores con sus equipos de labranza van y vienen. Los camiones modernos y lustrosos esperan junto a los galpones. Un mocosito de guardapolvo raído pasa por el camino rumbo a la escuela que queda a varios kilómetros. Frente a la casa, algunos chicos de la familia del quintero juegan despreocupadamente mientras él, siempre firme y distante, resiste a las razones del reportaje.

–Los peones de las quintas viven mal. Señor Di Martino, no cree que...

–En mi quinta no hay problemas. Así como están las cosas, más no se puede dar. Además, el que tiene problemas me lo puede decir a mí y no tiene por qué andar hablando con las revistas.

Tiene 40 hectáreas propias y otro tanto alquiladas. Todas en explotación intensiva. Cerca de setenta personas trabajan para él. No más de quince están empleadas legalmente. Hasta la semana pasada seguía pagándole a sus peones, cuanto más, 80 centavos de austral la hora.

Se cuenta que es un hombre duro. Más de una vez corrió a algún sindicalista demasiado osado para su gusto y se dice que echó "por las malas" a sus peones levantiscos. Según el folklore lugareño, a Di Martino, aparte del mal carácter, no le falta el ingenio. Suele emplear chicos para la cosecha del tomate. Cuando la jornada está terminando se junta a trabajar con ellos. Entonces los molesta, los provoca contra él o mete cizaña entre ellos hasta que se arme la trifulca. Cuando sus pequeños ayudantes están exasperados, el hombre les grita y los reta. Los chicos terminan arrojándole un tomate por la cabeza y dándose a la fuga en bandada, felices, insultando al patrón. En el campo de batalla quedan los cajones de tomates recién cosechados, que se venderán a más de 40 australes en el Mercado Central, y un hombre presumiblemente satisfecho de lo barato de la mano de obra.



Cuando de doping se trata, el fútbol argentino se toma bien a pecho aquello de que "el silencio es salud"

Los "Bocones" del Fútbol

(Por Ezequiel Fernández Moores)

Julio César Jiménez, un uruguayo "de izquierdas" intentó convertirse en "el gran bocón" del fútbol argentino, pero sus escandalosas revelaciones sobre doping ni siquiera pudieron provocar el debate, ya que fueron olímpicamente ignoradas por buena parte de la prensa porteña.

Coetáneo del arquero alemán Harald "Toni" Schumacher –cuyas denuncias sobre drogas en el fútbol alemán sí ocuparon primeras planas y polémicas interminables–, Jiménez se mostró firme cuando el pasado 14 de mayo se plantó ante un micrófono de *Radio del Plata*: "Yo mismo recurrí a las drogas en la Copa Libertadores de América cuando jugaba en Peñarol de Montevideo, pero estoy seguro que lo mismo ocurría con todos los equipos que jugaban ese torneo, incluidos los argentinos".

"Hay entrenadores que presionan a los futbolistas para que se droguen. Hay jugadores que en el vestuario dicen: 'O nos dopamos todos o no se dopa ninguno.' El periodismo debe saber lo que ocurre dentro de un vestuario de fútbol".

"Los jugadores se drogan cuando se juega mucho en un partido, cuando se juegan buenos contratos y cuando una futura contratación depende de una buena actuación. A veces tenemos una mala semana entrenando y entonces comienzan a surgir dudas y esto te lleva a tomar drogas."

"A veces los jugadores se drogan porque están seguros que lo hizo el equipo contrario. Yo dejé de hacerlo cuando un médico amigo me pidió que no las utilizara más. Con la droga, se siente una sensación de valentía ante la duda y los reflejos se muestran bien acentuados."

"Soy plenamente consciente de los problemas futuros que me pueden traer estas declaraciones. Pero afrontaré todas las consecuencias, porque soy un tipo correcto."

Pese a que fueron difundidas por distintas agencias noticiosas, las revelaciones de Jiménez permanecieron ignoradas para el gran público y el ex futbolista de Vélez, Ferro y Unión no debió enfrentarse a tribunales inquisitorios o responder a las acusaciones de sus colegas, como le ocurrió al alemán Schumacher

"El gran bocón de Colonia", como definió la prensa germana al arquero del seleccionado subcampeón de Mexico '86, fue incluso más lejos que Jiménez cuando denunció la "larga tradición" de drogas en la Liga de Alemania Federal.

También, como Jiménez, Schumacher admitió que él mismo recurrió a las drogas y, sin citar al pecador, calificó a un ex compañero del Bayern Munich como "la farmacia ambulante", lo que provocó una indignada respuesta del plantel de esa entidad.

"Toni debería mirar al espejo y escupirse a sí mismo. Sus afirmaciones no hacen más que llevar desgracia a la Bundesliga. Juro por la vida de mis tres hijitas que, en los cinco años que llevo en el Bayern Munich, nunca he visto a médico alguno que reparta medicina para que los jugadores se dopen", replicó el arquero del Bayern y del seleccionado de Bélgica, Jean Marie Pfaff.

"Toni –agregó el ex jugador y actual manager deportivo del Bayern, Uli Hoeness– me da realmente pena, porque sus afirmaciones son incorrectas. Nosotros no podemos callar ante una cosa así y fue por eso que efectuamos una conferencia de prensa para dar a conocer nuestra posición."

En su libro –cuyos anticipos fueron publicados por el diario sensacionalista *Bild* y por prestigiosa revista Der Spiegel– Schumacher contó además que en el otoño de 1984 varios jugadores del Colonia tomaron grandes dosis de un preparado con alto contenido de un estimulante –denominado efedrina– antes de un partido importante.

"Ganamos, pero en qué estado. Después de varios días de un dolor agotador, decidimos que no volveríamos a hacerlo nunca jamás. Pensar que yo mismo, cuando era un novato, conduje a media docena de compañeros a recoger píldoras o a recibir inyecciones", cuenta en sus memorias el temperamental Schumacher.

El arquero de Alemania en los mundiales de España '82 y México '86 tal vez no imaginó que sus revelaciones terminarían prácticamente cavándole su propia fosa como futbolista, aunque tal vez abriéndole una interesante carrera como editor, ya que su libro se convirtió en un gran best seller y comienza a procurarle formidables ganancias.

Pero a poco de producido el escándalo, el entrenador del seleccionado, Franz Beckenbauer, advirtió que lo excluiría del equipo; el Colonia lo separó directamente del plantel; la Federación Alemana de Fútbol inició una investigación para aplicarle eventuales sanciones; la firma Adidas le quitó la publicidad; su compañero Hans Pieter Briegel inició querellas en su contra y la gran mayoría de sus colegas decidió darle la espalda.

Sólo el ex internacional Pierre Littbarsky admitió que jugando con Schumacher para el Colonia, muchos jugadores del equipo "tragaron a la ligera grandes cantidades de jarabe para la tos que contenía enormes dosis de efedrina", mientras que el médico de la comisión antidoping de la Federación Alemana de Atletismo, Dieter Baron, afirmó que "todos los deportistas alemanes, desde los jugadores de ajedrez hasta los levantadores de pesas y naturalmente los futbolistas se dopan con testosterona".

Curiosamente, la prensa vernácula concedió mayor espacio a las denuncias de Schumacher que a las de Jiménez, pese a que sólo unos días antes el ex futbolista de Boca, Carlos Salinas, había sido detenido aquí por la justicia acusado de consumo y tráfico de drogas, mientras que en la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) saltaba un nuevo caso de doping.

Por ello, Jiménez– "votante en Uruguay del Frente Amplio y enemigo del imperialismo norteamericano porque es el que sufrimos más de cerca"– no sufrió como Schumacher por denunciar en voz alta algo que es *vox pópuli* en el ambiente del deporte de alta competencia.

Lo suyo tal vez influyó sí para que la AFA demorara la amnistía que –según firmes versiones y a tono con los tiempos políticos– tenía previsto decretar para que el ex goleador de River, Ramón Centurión –suspendido por un año, acusado de doping en 1986– comenzara a jugar al menos en partidos amistosos, y recibir la habilitación definitiva uno o dos meses después.

River protegió a su jugador –¿quién le habrá acercado la pastilla maldita cuando el equipo se encontraba en plena disputa de la Copa Libertadores de América?– y –con excepción de la AFA– Centurión no mereció otras sanciones por su conducta antideportiva.

¿Acaso pueda sorprender entonces que Jiménez siga muy tranquilo en su casa sin que nadie le pida explicaciones por sus denuncias sobre doping? El fútbol argentino se tomó bien a pecho aquello de que "el silencio es salud".

6 de junio de 1987

eso el alcohol es un drama. Esperan el fin de semana para comprarse una damajuana y olvidarse un poco de las penas. Los que tienen familia numerosa, la mayoría, no pueden levantar la voz. Terminarían con todos los chicos en la calle, sin casa, y sin plata porque ni pensar en una indemnización.

Más allá de las oscilaciones del mercado la actividad de las quintas de Varela ha sufrido una constante expansión. La propiedad de la tierra ha sufrido un proceso de concentración en detrimento de los pequeños productores y los cultivos se han diversificado.

Los quinteros son hombres rudos que "se han hecho a sí mismos". Abundan los italianos, los japoneses y los portugueses. Individualistas, llegan al extremo de comprar cada uno su maquinaria para subutilizarla en lugar de compartir racionalmente los equipos. Es proverbial el engaño entre ellos acerca de la calidad de los insumos. La mayoría tiene tractores y camiones de último modelo y sin embargo son capaces de decirle seriamente a su vecino que "la semilla me salió mala" cuando saben que nunca tuvieron una cosecha mejor. Compiten en todo, menos en los favores de sus trabajadores.

Sindicalistas y autoridades laborales poco pueden hacer. Las distancias son grandes y los medios escasos. "A la inspección de Trabajo tenemos que ponerle un coche y la nafta cuando necesitamos caerle a algún patrón. Y nosotros no tenemos ni para el colectivo. Tenemos que patear kilómetros para ver a un compañero y por ahí volver para ver al patrón. Encima si queremos afiliar a alguien tenemos que hacerla bien porque por ahí al tipo lo echan. Acá la cosa está de lo más jodida" cuenta Falasco de su trabajo gremial, "hay algunas historias de no creer".

Sin embargo, uno las cree. Es absolutamente creíble que en años de la dictadura estaquearan a algún peón de las quintas, que corrieran a escopetazos a los que protestaban. Conociendo el desamparo y la naturaleza de estos hombres, uno no desconfía de las anécdotas clásicas: el patrón que manda al peón al otro lado de la quinta para quedarse con la mujer o con las hijas, o el capataz que amenaza al trabajador para hacerle firmar lo que quiera.

Sólo muy pocos logran cobrar extra por trabajar sábados y domingos, o por hacerlo de noche. "Si te gusta te quedás y si no te mandás a mudar" es un argumento muy frecuente. Esto es decisivo para los cientos de extranjeros que trabajan clandestinamente, varias decenas de ellos con los floricultores japoneses en El Pato. Cuando el gremio quiso lograr que cobraran lo mismo que los argentinos, la gestión resultó un fracaso. Sobre los empleadores recaía la amenaza de una multa. Sobre los trabajadores la amenaza de la expulsión del país.

El inmigrante clandestino, las mujeres del campo, los niños, los peones "golondrina". Los últimos orejones del tarro en Florencio Varela. O si se prefiere, las frutillas más aplastadas, los tomates más machucados, la flor más marchita de un ramo que no huele a rosas, precisamente.

"Viejo, con las cosas que uno ve acá, no se explica cómo las frutillas salen dulces."



Semblanza de un patrón

Espera al final de la entrada principal, más allá de su moderno chalet. Las piernas abiertas, los brazos cruzados sobre el pecho. La mirada azul y vigilante está puesta sobre un grupo de obreros que, en silencio y con prisa, preparan los tractores para el trabajo. El saludo es frío, su atención es mínima.

Es uno de los poderosos del ramo. Junto con otros dos quinteros responde por el grueso de la oferta de hortalizas y verduras que sale de Varela.

–Quería hacerle algunas preguntas acerca de su actividad...Usted es uno de los productores representativos de la zona.

–La mirada no se desvía siquiera un segundo de los trabajadores. La respuesta tarda por lo menos un minuto en llegar.

–Si soy representativo es porque me levanto a las cinco de la mañana y no paro hasta las once de la noche. Mire los pantalones con que ando. Esto es de laburar.

Antes de ocultarse nuevamente bajo sus brazos cruzados, las manos de Dino Di Martino, el "tano", palmearon con orgullo sus pantalones gastados y sucios de grasa.

–Además para quée voy a hablar. Los problemas no se arreglan hablando para los diarios.

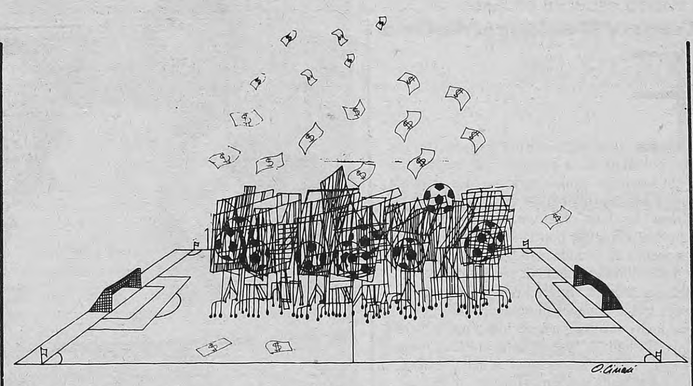
Los tractores con sus equipos de labranza van y vienen. Los camiones modernos y lustrosos esperan junto a los galpones. Un mocosito de guardapolvo raído pasa por el camino rumbo a la escuela que queda a varios kilómetros. Frente a la casa, algunos chicos de la familia del quintero juegan despreocupadamente mientras él, siempre firme y distante, resiste a las razones del reportaje.

–Los peones de las quintas viven mal. Señor Di Martino, no cree que...

–En mi quinta no hay problemas. Así como están las cosas, más no se puede dar. Además, el que tiene problemas me lo puede decir a mí y no tiene por qué andar hablando con las revistas.

Tiene 40 hectáreas propias y otro tanto alquiladas. Todas en explotación intensiva. Cerca de setenta personas trabajan para él. No más de quince están empleadas legalmente. Hasta la semana pasada seguía pagándole a sus peones, cuanto más, 80 centavos de austral la hora.

Se cuenta que es un hombre duro. Más de una vez corrió a algún sindicalista demasiado osado para su gusto y se dice que echó "por las malas" a sus peones levantiscos. Según el folklore lugareño, a Di Martino, aparte del mal carácter, no le falta el ingenio. Suele emplear chicos para la cosecha del tomate. Cuando la jornada está terminando se junta a trabajar con ellos. Entonces los molesta, los provoca contra él o mete cizaña entre ellos hasta que se arme la trifulca. Cuando sus pequeños ayudantes están exasperados, el hombre les grita y los reta. Los chicos terminan arrojándole un tomate por la cabeza y dándose a la fuga en bandada, felices, insultando al patrón. En el campo de batalla quedan los cajones de tomates recién cosechados, que se venderán a más de 40 australes en el Mercado Central, y un hombre presumiblemente satisfecho de lo barato de la mano de obra.



Cuando de doping se trata, el fútbol argentino se toma bien a pecho aquello de que "el silencio es salud"

Los "Bocones" del Fútbol

(Por Ezequiel Fernández Moores)

Julio César Jiménez, un uruguayo "de izquierdas" intentó convertirse en "el gran bocón" del fútbol argentino, pero sus escandalosas revelaciones sobre doping ni siquiera pudieron provocar el debate, ya que fueron olímpicamente ignoradas por buena parte de la prensa porteña.

Coetáneo del arquero alemán Harald "Toni" Schumacher –cuyas denuncias sobre drogas en el fútbol alemán sí ocuparon primeras planas y polémicas interminables–, Jiménez se mostró firme cuando el pasado 14 de mayo se plantó ante un micrófono de *Radio del Plata:* "Yo mismo recurrí a las drogas en la Copa Libertadores de América cuando jugaba en Peñarol de Montevideo, pero estoy seguro que lo mismo ocurría con todos los equipos que jugaban ese torneo, incluidos los argentinos".

"Hay entrenadores que presionan a los futbolistas para que se droguen. Hay jugadores que en el vestuario dicen: 'O nos dopamos todos o no se dopa ninguno.' El periodismo debe saber lo que ocurre dentro de un vestuario de fútbol".

"Los jugadores se drogan cuando se juega mucho en un partido, cuando se juegan buenos contratos y cuando una futura contratación depende de una buena actuación. A veces tenemos una mala semana entrenando y entonces comienzan a surgir dudas y esto te lleva a tomar drogas."

"A veces los jugadores se drogan porque están seguros que lo hizo el equipo contrario. Yo dejé de hacerlo cuando un médico amigo me pidió que no las utilizara más. Con la droga, se siente una sensación de valentía ante la duda y los reflejos se muestran bien acentuados."

"Soy plenamente consciente de los problemas futuros que me pueden traer estas declaraciones. Pero afrontaré todas las consecuencias, porque soy un tipo correcto."

Pese a que fueron difundidas por distintas agencias noticiosas, las revelaciones de Jiménez permanecieron ignoradas para el gran público y el ex futbolista de Vélez, Ferro y Unión no debió enfrentarse a tribunales inquisitorios o responder a las acusaciones de sus colegas, como le ocurrió al alemán Schumacher

"El gran bocón de Colonia", como definió la prensa germana al arquero del seleccionado subcampeón de Mexico '86, fue incluso más lejos que Jiménez cuando denunció la "larga tradición" de drogas en la Liga de Alemania Federal.

También, como Jiménez, Schumacher admitió que él mismo recurrió a las drogas y, sin citar al pecador, calificó a un ex compañero del Bayern Munich como "la farmacia ambulante", lo que provocó una indignada respuesta del plantel de esa entidad.

"Toni debería mirar al espejo y escupirse a sí mismo. Sus afirmaciones no hacen más que llevar desgracia a la Bundesliga. Juro por la vida de mis tres hijitas que, en los cinco años que llevo en el Bayern Munich, nunca he visto a médico alguno que reparta medicina para que los jugadores se dopen", replicó el arquero del Bayern y del seleccionado de Bélgica, Jean Marie Pfaff.

"Toni –agregó el ex jugador y actual manager deportivo del Bayern, Uli Hoeness– me da realmente pena, porque sus afirmaciones son incorrectas. Nosotros no podemos callar ante una cosa así y fue por eso que efectuamos una conferencia de prensa para dar a conocer nuestra posición."

En su libro –cuyos anticipos fueron publicados por el diario sensacionalista *Bild* y por prestigiosa revista Der Spiegel– Schumacher contó además que en el otoño de 1984 varios jugadores del Colonia tomaron grandes dosis de un preparado con alto contenido de un estimulante –denominado efedrina– antes de un partido importante.

"Ganamos, pero en qué estado. Después de varios días de un dolor agotador, decidimos que no volveríamos a hacerlo nunca jamás. Pensar que yo mismo, cuando era un novato, conduje a media docena de compañeros a recoger píldoras o a recibir inyecciones", cuenta en sus memorias el temperamental Schumacher.

El arquero de Alemania en los mundiales de España '82 y México '86 tal vez no imaginó que sus revelaciones terminarían prácticamente cavándole su propia fosa como futbolista, aunque tal vez abriéndole una interesante carrera como editor, ya que su libro se convirtió en un gran best seller y comienza a procurarle formidables ganancias.

Pero a poco de producido el escándalo, el entrenador del seleccionado, Franz Beckenbauer, advirtió que lo excluiría del equipo; el Colonia lo separó directamente del plantel; la Federación Alemana de Fútbol inició una investigación para aplicarle eventuales sanciones; la firma Adidas le quitó la publicidad; su compañero Hans Pieter Briegel inició querellas en su contra y la gran mayoría de sus colegas decidió darle la espalda.

Sólo el ex internacional Pierre Littbarsky admitió que jugando con Schumacher para el Colonia, muchos jugadores del equipo "tragaron a la ligera grandes cantidades de jarabe para la tos que contenía enormes dosis de efedrina", mientras que el médico de la comisión antidoping de la Federación Alemana de Atletismo, Dieter Baron, afirmó que "todos los deportistas alemanes, desde los jugadores de ajedrez hasta los levantadores de pesas y naturalmente los futbolistas se dopan con testosterona".

Curiosamente, la prensa vernácula concedió mayor espacio a las denuncias de Schumacher que a las de Jiménez, pese a que sólo unos días antes el ex futbolista de Boca, Carlos Salinas, había sido detenido aquí por la justicia acusado de consumo y tráfico de drogas, mientras que en la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) saltaba un nuevo caso de doping.

Por ello, Jiménez– "votante en Uruguay del Frente Amplio y enemigo del imperialismo norteamericano porque es el que sufrimos más de cerca"– no sufrió como Schumacher por denunciar en voz alta algo que es *vox pópuli* en el ambiente del deporte de alta competencia.

Lo suyo tal vez influyó sí para que la AFA demorara la amnistía que –según firmes versiones y a tono con los tiempos políticos– tenía previsto decretar para que el ex goleador de River, Ramón Centurión –suspendido por un año, acusado de doping en 1986– comenzara a jugar al menos en partidos amistosos, y recibir la habilitación definitiva uno o dos meses después.

River protegió a su jugador –¿quién le habrá acercado la pastilla maldita cuando el equipo se encontraba en plena disputa de la Copa Libertadores de América?– y –con excepción de la AFA– Centurión no mereció otras sanciones por su conducta antideportiva.

¿Acaso pueda sorprender entonces que Jiménez siga muy tranquilo en su casa sin que nadie le pida explicaciones por sus denuncias sobre doping? El fútbol argentino se tomó bien a pecho aquello de que "el silencio es salud".

Enviado especial en Asunción:
Carlos Decker-Molina

Existe realmente el Paraguay, o es tan sólo producto de la imaginación siniestra de algún fabulador latinoamericano? La pregunta surge espontáneamente al repasar las frías estadísticas, los datos objetivos del pequeño país.

Porque Paraguay podría ser el escenario de una opereta de la cruda realidad social y política de tres millones y medio de personas, cerca de medio millón de emigrados y exiliados, cincuenta mil aborígenes marginados de la sociedad, una constitución que los propios paraguayos tachan de "pseudodemocrática" mientras que la voluntad nacional se halla desde 33 años postergada indefinidamente.

Pareciera que en Paraguay no pasa nada, porque sólo se usan palabras contadas, reiterativas de su triste y longeva suerte. Sin embargo, tras la aparente cotidianeidad en que se desenvuelve la incipiente vida política en esa "isla rodeada de tierra, un nuevo pulpo comienza a palpitar bajo la gruesa epidermis dictatorial".

El escenario

"La corrupción y el contrabando son el precio de la paz", sentenció el general Stroessner en una ocasión y las calles de Asunción son la prueba más contundente de esa fórmula. Los automóviles, robados en Argentina o contrabandeados desde el Brasil, circulan sin problemas, el carnet de conductor es una entelequia y las mansiones fastuosas un insulto al buen gusto.

Las calles céntricas dan la apariencia de pertenecer a Hong Kong o a Manila, mientras que los desarraigados asiáticos de Corea del Sur, Taiwán y Vietnam le confieren a Asunción un

PARAGUAY: Drama en varios actos

toque de gran supermercado de aparatos transistorizados, electrodomésticos y bebidas alcohólicas de "etiqueta negra".

El café San Marcos es lugar de paso obligado para todo aquel que busca información de primera mano en los rubros más diversos. Por allí desfilan sin cesar ex agentes secretos, argentinos huidos de la justicia, contrabandistas varios, asesinos a sueldo, bolsacambistas y periodistas, más o menos obligados a meter las narices en esa siempre bien informada cloaca.

La construcción de la represa de Itaipú en la década pasada trajo consigo un torrente de dólares, que amplió las posibilidades de la especulación financiera. "Funcionarios humildes –relata un honrado empresario que quiere permanecer en el anonimato– se convirtieron en magnates de la noche a la mañana." En esa época florecieron las mansiones que superan las fantasías más demenciales.

El general Rodríguez, emparentado con el Gral. Stroessner, con un sueldo que en aquella época no llegaba a los 300 dólares mensuales, construyó una réplica del palacio de Versailles. Para no ser menos, Domínguez Dibb, el ex yerno del "general" se reencontró con sus raíces árabes edificándose una casa con forma de mezquita. La Casa Blanca, la mansión de "Lo que el viento se llevó", es otro de los delirios tropicales paraguayos que se alzan imperturbables en medio de la creciente miseria.

Pero hay otra economía, la legal, la que figura en los libros del Fondo Monetario Internacional o en las estadísticas de Naciones Unidas. El 28% del comercio exterior paraguayo se dirige al Brasil, el 19% a la Argentina y tan sólo el 12% a los EE.UU. A Euclides Acevedo, uno de los líderes del Partido Febrerista Revolucionario, miembro de la Internacional Socialista, le inquieta la postura argentina y brasileña con respecto a su país: "De hecho nos preocupamos por la opinión de los europeos y norteamericanos, pero las actitudes políticas del Brasil y la Argentina son en este momento muy importantes". Acevedo define la tesitura brasileña de "enigmática", calificativo que también se ganó la Argentina luego de la visita del coordinador Enrique "Coti" Nosiglia, obligado a aclarar su postura sobre el Paraguay luego de que la televisión paraguaya repitiera profusamente las declaraciones emitidas para el *Canal 13* de Buenos Aires a su llegada de Asunción. A los paraguayos aún no les ha quedado claro qué quiso decir Nosiglia cuando se refirió a "las dos democracias". Posteriormente el presidenciable gobernador de la Rioja, Carlos Saúl Menem, realizó una visita oficial al "General". Las actitudes aparentemente enigmáticas de Brasil y la Argentina se explican por las millonarias inversiones que tienen en el país. Acevedo señala que ambos países van a permanecer callados o en "última instancia van a seguir siendo aliados por omisión a un mal conocido, antes que apostar a favor de un bien por conocer".

En este escenario se entremezclan los personajes. Algunos envejecidos porque ni siquiera en escena los años pasan en vano, otros, actores nuevos, hijos de los tiempos difíciles, no conocen otra cosa que el stroessnerismo, pero por mero instinto quieren probar su propia suerte sobre las tablas.

En febrero pasado el embajador estadounidense en Asunción, Clyde Taylor y su esposa, aceptaron una invitación de las respetables esposas de la dirigencia opositora, nucleadas en la Organización Mujeres por la Democracia. La policía, que tenía rodeado el lugar donde se desarrollaba el encuentro, literalmente empañó el evento al inundar la zona con gases lacrimógenos en momentos en que las señoras se disponían a hacer abandono de la reunión. Los marines de la embajada norteamericana, en una operación inusitada, acudieron en jeeps artillados a liberar a la pareja de diplomáticos. Este hecho divide la política de la Casa Blanca en Paraguay en "Antes y despues de los gases".

Antes de los gases

Mr. Taylor escribió un detallado informe sobre derechos humanos caratulado: "1986 Human Rights Report for Paraguay", que sirvió al Departamento de Estado de los EE.UU. para formarse un cuadro de situación. El capítulo más importante a los fines de la política norteamericana es el de respeto a las libertades civiles y a la libertad de prensa y expresión. Aquí se toman los casos concretos de las prohibiciones que pesan sobre el diario *ABC-Color* y *Radio Ñandutí*. A partir de comprobar la inexistencia de libertades civiles y políticas, el informe acomete con dureza contra el gobierno del Gral. Stroessner, al que elíptica y subliminalmente califican de ilegítimo y dictatorial. Nuestras fuentes en la embajada norteamericana en Asunción ratificaron que fue justamente este informe el que despertó "los primeros desajustes" con el gobierno paraguayo.

Lo cierto es que el paciente trabajo del embajador Taylor no encontró su correlato político entre los opositores que, según la fuente diplomática, "no encuentran el eje de la unidad".

Luego de la visita de Elliot Abrams, estratega de la guerra contra Nicaragua, se trazó un plan "participativo", que se basa en la configuración de un frente político, con miras a las elecciones de febrero de 1988. Sin embargo, la iniciativa no ha tenido el eco que esperaba Abrams.

Después de los gases

Ante el fracaso del proyecto participativo y habida cuenta de la "gasificación", la administración Reagan no desea que el embajador Taylor continúe jugando un rol protagónico en el proceso político. De allí que en los últimos meses el embajador Taylor bajase el tono de sus juicios y optara por un cambio de táctica: "Estamos interesados en concientizar al Partido Colorado (oficialista) y a las Fuerzas Armadas para la democracia".

Desde un punto de vista eminentemente práctico, el giro político significa que el Departamento de Estado de los EE.UU. evalúa como improbable, si no imposible que la oposición se unifique.

En cuanto a las elecciones de febrero de 1988, los norteamericanos están seguros de que el candidato será el mismo que hace 33 años. Ante esa variante la estrategia estadounidense es simple: "No hay que permitir que se acumule violencia". Obviamente el factor tiempo juega a favor de los estrategas del Departamento de Estado. De hecho no hay siquiera vestigios remotos de violencia organizada y, además, el tiempo y la senilidad pueden hacer la obra que la oposición hoy no está en condiciones de concretar.

En el Paraguay los partidos políticos tienen solamente dos posibles matrices: el Partido Colorado y el Liberal. El primero se ha desgajado en Movimiento Popular Colorado, mientras que el segundo se divide en Liberal Radical Auténtico y Liberal Radical. Las otras formaciones políticas son más recientes: el Partido Febrerista Revolucionario y el Demócrata Cristiano.

El oficialismo, empero, está dividido a su vez en sectores que no alcanzan la categoría de tendencias. Para los "tradicionalistas", la apertura debe ser dirigida por el coloradismo. Para los "militantes" las cosas están bien como están, mientras que para los "éticos" el problema es moral y no político. En el espectro político se destacan dos sectores, tal vez por la simple razón de contar con proyectos sustitutivos de la dictadura. Ellos son los liberales radicales auténticos y los febreristas. El coloradismo en todas sus formas se expresa en un caudillismo populista que no plantea programas alternativos. El gran problema, sin embargo, es la larga hibernación autocrática que se expresa, como diría el "Supremo" Roa Bastos, en "el miedo, única forma posible de la conciencia política paraguaya".

Los proyectos

El 8 de abril se suspendieron los efectos del estado de sitio, medida que afectaba sólo a la capital, pero no a los casinos y salas de juego, prudentemente ubicados fuera del radio urbano. En realidad, el Gral. Alfredo Stroessner heredó de sus antecesores el estado de sitio, que sistemáticamente prorrogó cada 90 días, durante los 33 años de su gobierno. El 8 de abril último, simplemente se olvidó. El silencio en Paraguay no sólo es elocuente sino protagónico. No hubo anuncio oficial ni discursos televisivos. Al día siguiente el diario oficial vociferaba a ocho columnas: "La fortaleza del partido lo hace innecesario".

El Dr. Leandro Prieto Yegros, representativo colorado que recientemente lanzó su candidatura, comentó: "Es una prueba más del firme propósito del gobierno de ir fortaleciendo la democracia en el Paraguay". Otro colorado, pero disidente, hoy uno de los líderes del Movimiento Popular Colorado (MOPOCO), el Dr. Enrique Riera, que maneja su hacienda desde un estudio jurídico, fue lapidario: "Es un afeite, es un maquillaje".

En cambio, algo que no dijeron en la embajada de los EE.UU., pero que es un secreto a voces es que el Departamento de Estado habría contribuido a la amnesia del "general". La embajada, que de hecho adopta una actitud de puertas abiertas para con la oposición, no sólo estaría a favor del "maquillaje", sino que quisiera que los artículos tramposos de la ley electoral se rectificaran en esta legislatura. De esa manera se comenzaría la democratización del vértice de la pirámide paraguaya.

Por su parte, los políticos mantienen que, mientras existan las leyes que restringen las libertades públicas, el cese del estado de sitio no tiene ninguna significación política real.

La Internacional Socialista envió recientemente a Asunción a uno de sus vicepresidentes, el dominicano José Francisco Peña Gómez, que habría transmitido a los febreristas y a otros partidos, la sugerencia de que concurran a elecciones por medio de un frente cuya gestación se daría en el seno de lo que hoy es el Acuerdo Nacional. Comenzando por los febreristas, pasando por el MOPOCO y terminando por los liberales radicales, todas las fuerzas consultadas le respondieron con un soberano corte de manga.

Sin embargo, la propuesta socialdemócrata interesó al director del clausurado diario *ABC Color*, que antes que periodista es empresario (vinculado económicamente a José Alfredo Martínez de Hoz). El Dr. Aldo Zuccolillo pergeñó el plan "Z" (primera letra de su apellido), que supone crear el síndrome Manila. Sin embargo el Paraguay no tiene las bases militares norteamericanas que tiene Filipinas, tampoco existe una guerrilla comunista que ponga en peligro geopolítico la región y no hay ni Cory Aquino ni Gral. Ramos. En la desértica sala de redacción de *ABC Color*, el Dr. Zuccolillo enfatiza que la "abstención es flojera política, no podemos esperar que el Sr. se muera".

Obviamente el plan "Z" no pretende –según su autor– copiar mecánicamente el esquema filipino, quisiera más bien una síntesis entre Man-ila y Man-agua. Zuccolillo quiere aglutinar a la oposición en una coordinadora democrática. Este sería –a entender de Zuccolillo– el detonante que desencadenaría la transición. El autor estaría dispuesto, si las circunstancias lo reclaman, a golpear la puerta de algún cuartel, para gestionar un golpe "salvador" que dirija la democratización.

"El cambio en el Paraguay –dice el febrerista Euclides Acevedo– será a pulso. Es como la gestación, si nace antes es democracia sietemesina y si se apura es un aborto político. En un país de analfabetos cívicos a los que ni siquiera se les permite leer o informarse, lograr un cambio real será una tarea titánic."

Una anécdota casual expone en toda su crudeza esta afirmación: en una librería, de las pocas y desmañteladas de Asunción, preguntamos cuál era el libro más vendido:

–El Horóscopo '87, respondieron sin titubear. De algún modo los paraguayos quieren saber su futuro, luego de 33 años en que el futuro se ha llamado Stroessner.